

LA INFRAVIVIENDA EN GALICIA

► BLANCA RODRÍGUEZ, CONCEJALA DE LUGO

«A xente é reacia hacia eles, ás veces con razón»

La responsable del área de Servicios Sociais del Concello de Lugo, Blanca Rodríguez Pazos, no duda en reconocer las grandes dificultades con que se puede encontrar cualquier corporación local a la hora de promover la reubicación de una familia chabolista, sobre todo si es de etnia gitana. Surgen dificultades y trabas para convivir. «A sociedade é reacia a acollelos e, en moitos casos, con razón. O choque cultural é grande e causan problemas», subraya.



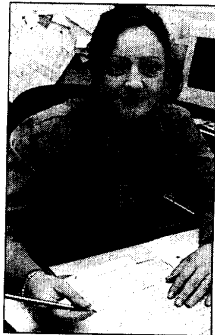
PRADERO
Blanca Rodríguez es edil de Servicios Sociais

Rodríguez resalta que, por las experiencias vividas en su ciudad, el día a día «demuestra que residir con eles porta con porta non é doado». Pone ejemplos: «Ó mellor dáslles unha vivenda para cinco persoas e entran máis de dez, son poucos coitadosos co mobiliario do edificio e en ocasións levan consigo problemas como o tráfico de drogas. Non é unha cuestión de etnias, senón un problema de marxinalidade, de aí a importancia do seguemento da escolarización dos máis pequenos».

► AURORA ROMERO, TRABAJADORA SOCIAL

«Es una tontería decir que quieren estar en poblados»

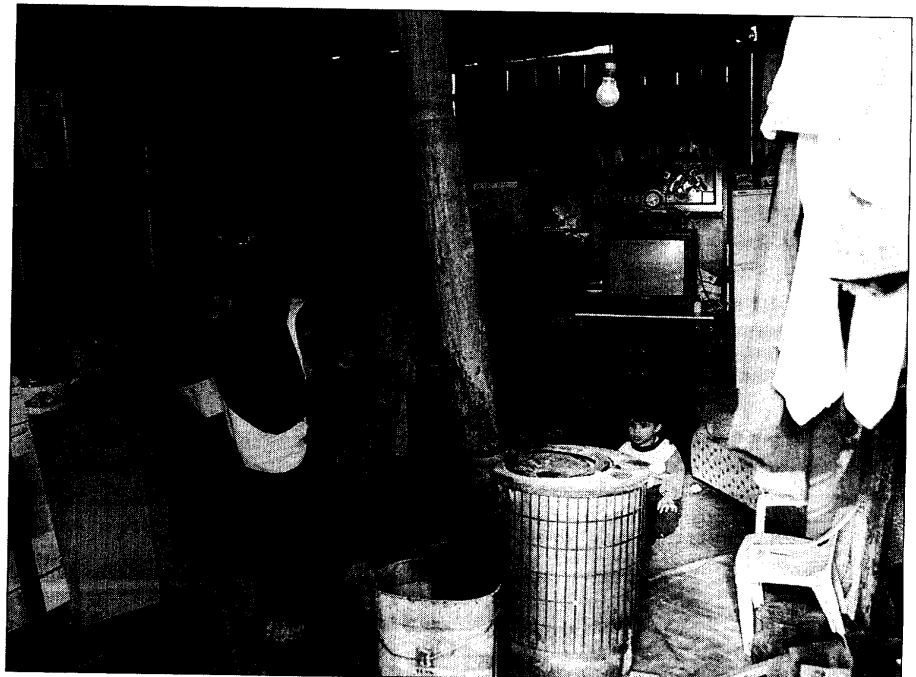
Aurora Romero lleva toda una década trabajando en Ferrol al servicio de la asociación Chavós, un colectivo legalizado en 1986 con el objetivo de promover la integración escolar de los gitanos más pequeños.



PATRICIA REY
Aurora Romero trabaja para la asociación Chavós

Romero asegura que, en ocasiones, las excusas de los políticos para no trasladar a los chabolistas a viviendas dignas no son de recibo, como el argumento de que estos últimos son reacios a abandonar su estilo de vida. «Eso es lo mismo que pasaba antes, cuando se decía que los niños del ru-

ral no podían asistir a clases ya que tenían que ayudar en las tareas de casa», espeta. Esta trabajadora social considera que la tarea de integración tiene que ser completa. No sólo se trata de realojar a una familia en un piso para después «promover otro nivel de marginación bajo un techo». Pretende echar por tierra, también, otro mito: «La gran mayoría de la población gitana no quiere, como se tiene asimilado entre el común de la gente, vivir en poblados. Decir lo contrario es una tontería».



Las pequeñas chabolas del poblado de Freixeiro (Narón) carecen de los más elementales servicios

PATRICIA REY

Los habitantes del poblado de Freixeiro, en Narón, reclaman viviendas dignas

«No somos perros, queremos casa»

Miguel Camacho, veintipico abriles, mujer e hijos; gitano. La calle fue su escuela. Cada primeros de mes se echa 240 euros (39.933 pesetas) al bolsillo, una pensión por los críos. Malvive entre tablas, sin más techo que cuatro uralitas agujereadas, en un poblado de Freixeiro (Narón). Allí no hay váter, ni teléfono, ni tampoco agua caliente. La luz va y viene, baila. «No somos perros, queremos nuestra casa», implora.

M. CHEDA
FERROL

A Miguel Camacho su familia le regaló unos tablones al casarse, trescientos euros de madera nada noble. Luego él se las fue apanando como pudo para conseguir cuatro planchas de vieja uralita allí y ocho clavos más allá. Así construyó su hogar, hace ahora cuatro años.

Ocupa sólo veinte metros cuadrados de superficie. Si llueve, dentro gotea. El techo amenaza con ceder mañana. Agua llega la justa, siempre helada y por una manguera. La luz se va a nada que baje un poco la tensión. Hace frío en invierno.

No hay baño, ni váter, apenas piso. «Estamos como salvajes», lamenta.

De Miguel Camacho ha tenido dos hijos María Coral Salazar, su esposa, el primero en 1999, ambos ya escolarizados. Mujer de verbo atropellado, también solloza: «Quiero una casa, que los gitanos somos de carne y hueso, como los demás; pero nadie nos ayuda».

Ladrillos y tejas

El marido se conforma con unos ladrillos y tejas. «Para arreglar esto un poquito —justifica—, ¿no te parece?». Sus padres, Jesusa y Nicolás, comparten con cinco personas, auténticamente hacinados, justo en

frente de donde mal residen ellos, una chabola ínfima.

Aquí cada quien tiene su drama. Drama como el de Carmen Gabarre, que ahorró durante siete meses para poder ganarle a la paga de su esposo (252 euros —42.000 pesetas—) un cuarto de baño. «Esos del ayuntamiento no me dieron nada, ni el calentador me ponen, todo con mi dinerito», relata mientras se golpea el pecho como señal de orgullo. Drama como el de María José Conchado: «Ahora me piden doscientos euros por engancharme a eso del agua, ¿y dónde voy yo con trescientos que tengo al mes, y con dos niños?».

Miguel, María Coral, Jesusa, Nicolás, Carmen... Viven en un poblado de Freixeiro (Narón), junto a Ferrol, con otras cien personas, parecido a como lo hacen dos mil más en toda la Galicia urbana. Aquí el caballo galopa y dignidad es una rubia que se marchó para ya no volver jamás.